

A CARGO DE TODO

El señor de la casa, de la que soy mayordomo, es a su vez mayordomo de otra casa, más rica e importante. El señor no tiene tantos coches como su señor, ni habita en la misma zona, ni lleva a sus hijos al mismo colegio. Sin embargo el señor posee dos coches último modelo, vive en una mansión de dos plantas de barrio residencial y ha matriculado a sus hijos en un colegio que cobra aparte las clases de informática, alemán o taekwondo.

Ser mayordomo de otro mayordomo es un asunto harto complicado. El señor no se conforma con los resultados de un buen servicio; antes bien, juzga y cuestiona los métodos de trabajo según el patrón de su profesionalidad: extrema las exigencias de etiqueta, cronometra las labores, evalúa tras un vistazo el celo o la negligencia del servicio en sus obligaciones. Además, el señor, tal vez interesado en deshacerse en su propia casa del envaramiento a que lo obliga su oficio, se concede a sí mismo la máxima tolerancia en lo que a modales se refiere. Todo el rigor que aplica a la servidumbre, se vuelve para con él permisividad abusiva. Se manifiesta vulgar, descuidado y prepotente, haciendo gala de una familiaridad despótica con la que pone a prueba el decoro imperturbable de la servidumbre. Se comprenderá que el servicio dure poco en la mansión. Apenas he podido acostumbrarme a las cocineras, jardineros, pinches y sirvientes, lo cual intensifica mi responsabilidad sobre el aprendizaje del servicio, tarea recomenzada una y otra vez, aunque por otro lado me ha proporcionado variedad, evitándome las relaciones viciadas, el aburrimiento y el meticuloso mantenimiento de las debidas distancias con los subalternos.

Afortunadamente, el señor no para en el hogar a menudo, pues allá donde sirve (cuánto me gusta esa palabra refiriéndome a él), pernocta, como es natural, en la habitación que le tienen asignada. A veces me complazco en figurármelo servil y atosigado. Pero mi alegría se desvanece si me lo imagino a cargo de una casa billonaria, impersonal e inmensa, ajeno a la inspección directa de sus señores y al mando un personal escrupuloso con el que bastará apenas tener organizada la

rutina, y codeándose acaso con secretarios titulados en posesión de varios idiomas. O tal vez sea tenido él mismo por asistente de confianza en asuntos, con seguridad importantísimos, del trabajo y la vida social de sus señores.

Pero ahí no acaban mis penas, porque si el señor sólo está en casa en sus días de asueto y en cortos periodos vacacionales, la señora y los niños son un suplicio cotidiano. Al menos el señor, en su celo vigilante, entiende de qué va la intendencia y se pliega a las explicaciones razonables de sus servidores. No así su mujer, capaz de imitarle en su regia intolerancia pero no en el tino de refrenar con realismo las vanas exigencias que nos ponen a todos al borde del colapso. Cuando está el señor, la voz de mando es una sola, voz competente en la materia aunque polarizada por la doble condición de criado (qué gusto me da pensarlo) y señor. Y esa voz de mando es ejercida tanto sobre el servicio como sobre su mal educada familia, a la que le sale al paso con severidad imponiéndose a su propio mal ejemplo.

La señora tiene prohibido al servicio decir que el señor es mayordomo de otro señor, y mucho menos que sirve. Despidió a la última chica del servicio por mencionar algo así durante una cena con invitados, amigos de la casa que no ignoran en qué trabaja el señor. Deslució el agasajo a sus amistades empleándose a fondo en el regodeo innecesario de su regañina. Lo peor es que tampoco lo podemos comentar entre nosotros; incluso corre peligro quien aluda, no sin la conveniente cautela, al conocimiento que tiene el señor en materia de lustre de metales, selección de cubiertos o ritual protocolario.

Hoy he tenido que interceder por la nueva cocinera, a la que se reprocha tener saturada la despensa, por más que ello se deba a las modificaciones del menú que de forma imprevista ordena la señora sin esperar a que las existencias comestibles se agoten. La señora, consciente del engorro que ha causado su ligereza en expulsiones recientes, tras mirarme en oblicuo y con malicia, ha sucumbido a lo evidente, pero, incapaz de encajar enteramente la derrota, se ha referido a mi prolongada permanencia en la casa como a un caso sorprendente ajeno a las costumbres de su jurisdicción y, por supuesto, corregible.

Hay que ver cuánto tiempo llevas con nosotros, Marcelo, dejó caer. Una observación temible con tuteo incluido, aunque, a decir verdad, no exenta de sarcasmo retozón. Porque si es cierto que mi permanencia en esta casa excede lo previsible, este hecho, por el que no sé si felicitarme o compadecerme tiene una explicación, aunque costosamente confesable: es con un servidor con quien la señora pone los cuernos al señor.

Aún no me explico cómo llegué a descender a esta tesitura esclavista, entregándome a los ardores de semejante bestia parda. La señora, dicho sea de paso, no tiene mucha imaginación ni demasiado mundo, y su noción de la mayordomía ideal le está dictada por las comedias cinematográficas y los comerciales de la televisión. La enloquece que, en las consumaciones adúlteras, le pase un algodón por la espalda o le comunique que me he tomado la libertad, señora, de traer bombones con que lubricar a la señora. Cosas así. Y eso con delantal y todo, o con la pajarita, y esmerando el tratamiento.

Me avergüenza decir que accedí en un principio como venganza hacia mis patronos, y tras algunas tardes de juego clandestino, quise llevar hasta el refinamiento mi desquite insinuando a la señora la posibilidad de que su esposo, mi señor, ejerciera de modo semejante su mayordomía en la opulencia de algún aposento kilométrico, proporcionando el mismo placer a la otra señora, señora. Para mi decepción y sorpresa, las menciones al empleo del señor en estos casos, lejos de escarnecerla, la excitan sobremedida, y con ellas he delatado mi ánimo revanchista, por lo que la señora, aun cuando me mantiene en casa, me vigila y fustiga un poco más. El resto de la servidumbre aún me muestra respeto por la capacidad que se me supone de negociar ante la soberbia desmedida de su patrona, aunque está por ver hasta cuándo podré conservar la gracia de su mudable disposición. El cerco se estrecha de un lado y de otro, y la situación se me va de las manos cada día.

Esta misma tarde la señora, no sé si por devolverme el golpe o por introducir estímulos a nuestros devaneos, me ha instado a que la acometiera *como debe de hacer con tu mujer el fontanero, Marcelo, o el chico de la compra*, con lo que ha sembrado la sospecha y la cavilación amarga donde sólo habitaban la confianza y la serenidad habitual. Como dije, ser mayordomo de un mayordomo tiene sus complicaciones.

Eduardo R. Glez. Ascanio es narrador y articulista, autor de un libro inédito de relatos (*Para después de colgar* y otros relatos). Ha publicado algunos de sus trabajos literarios en las revistas *La plazuela de las letras* y *Espejo de paciencia*. Colabora a menudo con artículos en "Cartel de las artes y las letras" de *Diario Las Palmas*. Ganador del V Certamen de Cuentos Ateneo de La Laguna (1999)

DE LA AMBICIÓN LITERARIA (Y DE LA CONTRARIA)

E.R.G.A.

Si alguien intentara escribir algún hecho intrascendente del modo más imparcial, aunque lo hiciera con desapegada corrección para preservarse de todo sesgo estético, vería fracasada su tentativa con bastante probabilidad: así se atuviera a frases impasibles de esquelética hechura; así expurgara su informe de cualquier concesión al humorismo, a la reflexión o a la intriga, daría igual: lo relatado, sólo por hallarse escrito, se revestiría de una solemnidad indeseada o de una gracia imprevista, crearía la expectativa de algo más allá de lo expuesto y delataría en su desarrollo algún fantasma propio de connotaciones intrusas e inevitables. De la palabra nadie sale ileso.

Y si ese alguien siguiera tras la pista de su pequeño asunto, aventurándose más allá de lo sabido, pronto se abrumaría por la complicación que alcanza en su relato algún pasaje emprendido como anécdota secundaria, o se hallaría desbordado por la fuerza de personajes que emergen con personalidad desde un destino inicial de comparsas. Ahí se las vería para mantener el plante sin que ningún manual de redacción acudiera en su ayuda. Tendría que afrontar el vértigo a que dio origen, tendría que atar en corto a su propia sugestión. Lo que se pretendió mero depósito de experiencia o noticia -aquel pequeño texto displicente- dejó muy atrás toda motivación externa y se nutrió de sí como una poderosa fuente de transformación de la obra y del artífice, revelando que el oficio de escribir -más que por técnica alguna- se adquiere al encarar el milagro sin perder los papeles.

El prodigio tiene lugar sin necesidad de competir con el registro civil, como Balzac, o sin proponerse siquiera el logro de la *novela total*. Cualquier intento de edificar un mundo posible -armonizando el léxico, la construcción y el ritmo en consonancia con la historia de ese mundo-reanima en el sujeto todo aquello que, cercano o remoto, estimuló en su día la observación y el pensamiento, la experiencia toda, en una síntesis convincente y dotada de significados nuevos.